

Arte y vida en Fidel Sepúlveda Llanos



Theodoro Elssaca
Fundación Iberoamericana

El vasto legado de Fidel Sepúlveda Llanos es una senda que nos conduce de manera inequívoca a las raíces.

Su obra se levanta como un *corpus* que revela el horizonte de los vestigios del origen y proyecta el destino humano.

Rescata el sentido de la existencia y lo redimensiona a través de la insondable historia de la especie, ponderando rasgos identitarios y de sabiduría. Su entrega nos conecta con una idea luminosa y estimulante: entender el Arte Vida en directa correspondencia con la creación poética, en su sentido más amplio, en todo orden de cosas.

Asoma a este mundo en San José, pequeño caserío rural aledaño a Cobquecura, el 20 de noviembre de 1936, y deja una huella en la cultura chilena. Como poeta, investigador y docente, ejerció una incansable labor de difusión de nuestro patrimonio inmaterial.

Hijo del rigor, cuando tenía un año sufre la muerte de su padre. El niño Fidel lee todos los libros posibles, en especial poesía y teatro del siglo de oro español. A los diez años su madre se traslada a vivir a Cobquecura y a los once ingresa como seminarista en los padres franciscanos, primero en Chillán y después en Santiago, donde estudia latín y filosofía clásica.

A pesar de las condiciones adversas, Fidel rebasa el ámbito de su circunstancia original y llega a ser Doctor en Filología Hispánica, en 1980, con calificación sobresaliente en la Universidad Complutense de Madrid y desde 1998 Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua.

Con esa formación sustancial, plantea el fenómeno del acontecer a la manera de una metáfora, que nos magnetiza en el afán de crecimiento. Renovación que se abre para entregarnos imágenes, términos y símbolos.

Es la impronta de Fidel Sepúlveda Llanos, para alumbrar nuestra identidad, desde la dimensión social, estética y antropológica.

En su rescate revisa costumbres prehispanicas, con su mirada integral, holística, en el cruce con otras disciplinas, incorporando en nuestras vidas la concepción de lo multi étnico, los saberes y experiencias pluri culturales de arte y cosmovisión.

MIS ENCUENTROS CON FIDEL

A fines de los años '70, tomé los cursos de Fidel en el Instituto de Estética del Campus Oriente

de la Universidad Católica de Chile. Dirigió el instituto desde sus inicios, durante diecisiete años, en dos periodos (1971-1977 y 1993-2002). También dirigió la revista académica *Aisthesis*, durante veintiún años, con obstinada perseverancia. Fue conformando un gran equipo con docentes como: los hermanos Milan y Radoslav Ivelic, Gaspar Galaz, Gastón Soubllette, Luis Cecereu, Pepe Román, el "Cura" Rafael Sánchez, Sergio Montero, José Luis Villalba, Carlos González y Jaime Blume. Esta instancia de privilegio creativo constituía un verdadero oasis dentro de la realidad nacional.

Retengo en mi memoria el recuerdo del asombro que me provocó la primera vez que escuché a Fidel. Su capacidad de observación de los mínimos detalles y su imaginación sobre los procesos del viaje permanente a las raíces rompía paradigmas. Asistir a sus clases era una experiencia singular. Creó el relato que se despliega como un gran fresco, para dar cuenta del entendimiento de la cosmogonía vernácula.

Su extraordinario manejo del misterio, que precedía a la pronunciación de las palabras, creaba suspenso. Escuchábamos su clase con un respeto que nunca más he visto. De manera casi teatral, Fidel hacía un silencio, y en esa ausencia total de cualquier sonido, parecía abrirse la gran interrogante metafísica, que nos examinaba, al interior mismo del *antrophos*.

LA PUERTA SE ABRE POR DENTRO

El riquísimo legado de Fidel Sepúlveda Llanos es el espejo viviente del Chile Profundo, que nos anima y sustenta.

Su aporte salva y reivindica las raíces más ignotas del alma originaria, proyectándolas con sabiduría. La intensidad de su discurso tiene una fuerza creciente. Su actitud tenaz expandió el arco temático de los ámbitos de la educación, poniendo énfasis en las connotaciones culturales como la lira popular, las animitas, las fiestas, máscaras y tradiciones carnavalescas.

Amaba Valparaíso. Éramos vecinos, con frecuencia nos encontrábamos en medio de ese anfiteatro abierto al Pacífico, donde se refleja la impronta del arte popular chileno. A Fidel le fascinaba aquella arquitectura improvisada por sus propios habitantes, absolutamente *sui generis*. Escaleras que bajan a la salobre bahía plena de barcos o suben al infinito, con puertas y ventanas en el aire que parecieran abrirse a mundos y planos imposibles, como en



Theodoro Elssaca, Cotty Villalba, Gastón Soubllette, Sara Larraín y Fidel Sepúlveda Llanos. Santiago, 2006.

un grabado de Escher. “Esta es una suerte de no arquitectura”, me decía asombrado, como si se enfrentara por primera vez a este Valparaíso que mezcla escenografía, realidad y sueño.

Asistimos a la fiesta de San Pedro, solemnidad del patrono en la caleta El Membrillo, para ver los “bailes chinos”, sincretismo de cofradías danzantes venidas de lejanas localidades, mixtura de trompetas y tambores.

Al atardecer, caminamos tras las cofradías cerca de la figura procesional, por la pedregosa textura histórica, hasta el barrio chino, donde decidimos quedarnos a conversar en una consabida taberna porteña. Pasamos de los rituales danzantes nortinos a escuchar la “cueca chora” de Roberto Parra. En ese ambiente de leyenda, Fidel me contó sobre la “cueca urbana” que nació en el viejo Valparaíso, “*en lugares como éste*”, me dijo entusiasmado, y agregó “*en simbiosis con la zamacueca venida de Lima y la marinera, más sofisticada, llegadas aquí en la época de la Guerra del Pacífico. El seis octavos estaba en todas partes, animando mercados o chinganas con la cueca brava*”. Recordó al matarife de Recoleta, Fernando González Marabolí, que había recopilado más de mil quinientas cuecas, relacionándolas con amplios alcances, la filosofía, la astronomía y la metafísica, para hablar de la *chilena* o *cueca tradicional*, como llamó a su libro publicado por el musicólogo Samuel Claro Valdés. Emergieron semblanzas de figuras proverbiales como Gabriela Pizarro, Nano Núñez y otros cultores.

Poseía la rara virtud de pasar de un tema a otro, comenzar con la tradición iconográfica de la lira popular -a propósito de un viejo cartel en el muro-, para llegar a “la misa a la chilena”, o los “cantos y música folclórica litúrgica”. Algunas veces dejaba un halo de misterio, un ademán apenas sugerido en el aire, un silencio tan inquietante que podía ser más significativo que las palabras.

Recuerdo que Fidel meditó en voz alta: “¿cómo procesamos la realidad?”.

Le pregunté por las grandes interrogantes que nos acechan, creando un vacío y las pocas certezas que forman la urdimbre que nos sostiene, y me dijo “si nos fuéramos a la etimología profunda de las palabras, descubriríamos que en algunas de esas grandes preguntas está oculta la respuesta”.

Hablamos de nuestros autores como Mistral, Neruda, De Rokha, Parra, Rojas o Coloane, también nacidos bajo el signo de la vulnerabilidad, lejos de las grandes ciudades y los libros, expatriados de la lectura, de la posibilidad de llegar muy alto, sin embargo, todos ellos rompieron la malaventura y son referentes culturales que sorprenden al mundo.

A propósito de ello, Fidel me decía que “*la pobreza no te mata, te mata la indiferencia*”. Avanzada la noche, me confidenció que caminaba descalzo por el barro, bajo la densa lluvia y el granizo, cuatro kilómetros azulosos de frío antes del amanecer, desde su humilde hogar en San José hasta la escuela en Cobquecura. Ahora pienso que allí fue el epicentro del terremoto-tsunami, el numerónimo 27/F, del 2010, en Cobquecura, bordeando las 03:33 am, la hora del tiempo muerto. Uno de los sismos más fuertes, percibido en Buenos Aires, Sao Paulo y gran parte del Cono Sur. Tal vez era el trueno de Fidel, su presencia.

EL GESTO

Tenía un gesto muy personal, como un chasquido con los dedos, buscando la palabra o idea precisa. Modal que da cuenta de la indagación y capacidad de improvisar. Entonces hablaba de temas como el viaje a *Ixtlan*, del escritor y antropólogo Carlos Castaneda y el nahualismo mesoamericano. Temas que podían durar más de una hora, para continuar con los rituales yaquis y toltecas, la modificación de la conciencia, misticismo y carácter sincrético. Luego ponía un fragmento de algún *film*, como *Baraka*, palabra de origen sufí, que significa “aliento de vida”. Dirigida por Ron Fricke, mezcla imágenes y sonidos, capturados como documental en ignotos rincones de veinticuatro países. Carente de palabras, crea un poema visual de proporciones globales, para reflexionar acerca de la santidad y el materialismo, a través de una experiencia cinestésica.

Era usual que los profesores de estética llevaran sus clases armadas en los temas que querían avanzar y luego preguntaran de esas materias específicas. Cada uno tenía su sistema al que había que adecuarse. Para ellos era importante llevar una pauta muy precisa. El caso de Fidel era siempre una posibilidad abierta. A él le importaba la creatividad. No hacía pruebas, tenía otra lógica, diferente a la de aprender memorizando una materia o un contenido. Eran trabajos en los que había que ir propo-

niendo el tema libremente, desde la intuición y la creatividad, hasta su plasmación. Finalmente había que exhibirlo de manera pública, en base al concepto de Arte Vida. Óptica elevada donde “las artes” constituyen la disciplina de la estética como una rama de la filosofía. Es la relación entre “las diferentes artes, la filosofía y la vida”, para acercarnos al camino de entender la realidad y los misterios. El arte para que la vida tenga más orientación, rumbo, gusto, valor, significado.

Hubo las más diversas presentaciones para expresar, ilustrar, incluso actuar o hacer un teatro de títeres y marionetas, con un relato y música en vivo, proclamando las infinitas aristas en la relación de las artes y la vida.

Investigó la sintaxis visual, los sensibles signos del arte, el *punctum*, del que hablaba Roland Barthes en la fotografía y Andréi Tarkovski en cine. Los signos icónicos indiciales, referidos por Susan Sontag. Signos que van construyendo la percepción.

El poeta de Cobquecura, con todo este acervo a cuestas, estuvo repetidas veces, durante horas, ante los grabados de Goya. Había leído numerosos ensayos sobre las obras de arte. Más que análisis, estaba haciendo un acto espiritual, de comunicación personal, sensible, con esas poderosas obras, donde experimentó el *punctum*. Se internó en Las Meninas de Velázquez, y deambuló por los grandes salones del Prado dialogando imaginariamente con esos maestros.

EL “ENTRE”

Caminando por el Campus Oriente, me encontré con Fidel en el patio de la cafetería. El campus estaba desierto, eran las vacaciones estivales. Conversamos largo, puso su mano izquierda sosteniendo el mentón en actitud reflexiva, era

un gesto muy propio de él, como *El Pensador*, de Rodin. Aspiró su tabaco y lanzó una densa bocanada de humo, finalmente me interrogó “¿cuál es el “entre” de la vida y la muerte?”. Sin demora se marchó como acuciado por la misma incógnita que dejara suspendida en la atmósfera.

Su pregunta fue la provocación que me llevó al necesario viaje interior, el que todos debemos experimentar para romper el muro y pasar al otro lado.

Nunca me dio la respuesta. Varios años después, me visitó una tarde invernal en mi estudio ñuñoíno, quedaba a medio camino entre su casa de Campoamor y el Campus Oriente. Mientras bebíamos un café arábigo, me dijo “*Theodoro, tienes que buscar el sentido, la interpretación de las cosas que te vibran en la vida*”.

TALLER DEL GRUPO LITERARIO FIDEL SEPÚLVEDA LLANOS - UNIVERSO POÉTICO

Durante más de once años Fidel impartió un taller en la casa del poeta, pintor y arquitecto Germán Brandes y la chamánica Inge Weschke, escritora de epifanías.

Cada sesión se transformaba en verdadera fiesta, una celebración que emanaba empatía y hermandad. Reconocía a los participantes como entusiastas compañeros de esta aventura poética y los conducía con sutileza a encontrar su propio estilo.

Fidel impulsaba la intención de lectura y escritura, donde se mezclaban los mitos con las religiones comparadas y la poética del Arte Vida. Tenía el don de motivar a ir más allá de la tristeza encallada. Era un taller que en modo alguno se agotaba en sus sesiones, sino más bien tendía el puente a otras orillas en busca de explorar vivencias muy complejas. Enseñaba a

Fidel Sepúlveda Llanos en España, 1980.





Fidel me confesó: “Sé que voy a morir pronto y quiero pedirte que tú organices un viaje a Curepto, en una caravana de tres o cuatro autos con Villalba y Soublette, para que veamos con el alcalde como será emplazada la roca en la plaza, con mi poema a Curepto grabado en ella”.

vencer las dificultades del escritor ante la palabra y la incertidumbre de la página en blanco.

En su programa, atesorado por la poeta e historiadora María Teresa Vergara, escribió:

“**Sistemas** que tocan el corazón, la sensibilidad, la imaginación, el discernimiento del hombre: el sueño y la pesadilla, el encuentro y la soledad, la rutina y la creación.

Textos que tengan la virtud de conmover, de sacar de sí (de su brújula) al participante y llevarlo a un más en sí; textos que patenten el sentido de ayer, de hoy, del futuro.

Actitud de búsqueda de experiencias tocadas por el misterio o por la gracia, reveladoras de la encarnación, en su precariedad y en su grandeza.

Experiencias gratificantes de la infancia, adolescencia, adultez; de mis zonas de asombro, perplejidad, encantamiento: la maravilla de mis sentimientos, de mis sueños, de mis iluminaciones.

Estructura de las sesiones: motivación al tema, lectura e interpretación de un texto y escritura o reescritura compartida al grupo”.

En su taller, Fidel manejaba una **Carta de Navegación**, con una veintena de temas de trabajo, entre ellos:

“Mi yo: manantial de revelaciones/ La palabra y la encarnación de la revelación/ La sintaxis. La revelación de las palabras y las cosas/ Palabras y oraciones al encuentro con la escritura de mi cuerpo-alma/ Palabra y oraciones al encuentro del nosotros, de mi yo y de los otros/ Palabras y oraciones al encuentro con el Dios nuestro de cada día/ Palabras para encontrarme con lo que me inquieta/ La zona del asombro. Las cosas del mundo y el mundo de las cosas/ La maravilla de mis sentidos: puertas al..., del mundo.

La maravilla de mis sentimientos: galaxias interiores/ La maravilla de mis proyectos: más allá de mí mismo/ El sueño, la ilusión; el mundo hecho a la medida del deseo/ La pesadilla, el laberinto, el infierno/ El desencuentro, la soledad, la rutina/ El encuentro, el amor, la plenitud/ La experiencia tocada por la gracia, por el misterio/ La infinita infancia en una experiencia/ La infinita adolescencia en una experiencia/ La infinita madurez-inmadurez en una experiencia”.

En las sesiones planteaba una motivación a cada tema, como: “¿Quién me acompaña? ¿Cuál presencia está conmigo? ¿Cuál es la otredad? ¿Cómo yo cuento mi cuento? “Es presencia” no solo fe. ¿Qué desencadenó lo que es? ¿Quién me inspira?”

Estos temas y planteamientos existenciales de escritura nos revelan la impronta filosófica, humanista y visionaria de Fidel, que escarbaba hasta estremecer y sacar de las entrañas lo mejor de cada uno de sus discípulos.

FILOSOFANDO COLOQUIOS

Algunas veces cruzábamos Diagonal Oriente frente a Regina Pacis, para almorzar con Jaime Blume, el señor de los mitos, que iba y venía de sus investigaciones en Chiloé. Las mingas de Calen o Curaco de Vélez. Huillinco, entre fantasmas y violines, atravesando el lago en bote, hasta avistar en los tragaluces de la niebla el rústico caserío de Cucao, donde vuelan los brujos y ruge el Pacífico estrellándose en abruptos acantilados. Hablamos de las narraciones simbólicas y de cómo entendemos las cosas del mundo, en relación al imaginario que desprende esa otra realidad.

Del mito proviene la leyenda, el relato y sus mutaciones a lo largo de la cultura popular y de la literatura. Tal vez ese imaginario latente es el verdadero ser que habita y nutre la compleja trama del Chile profundo, que pulsa desde el árido desierto de Atacama hasta la espesa selva de la Trapananda.

Desde las fisuras de ese tiempo a ratos aciago, reflexionábamos sobre el acontecer cultural en la encrucijada. Debatíamos como tratando de dilucidar para qué hemos venido a este planeta, a este espacio, a esta época y ámbito.

En esa instancia surgían temas como La Isla de Aucar, más conocida como La Isla de los Muertos, en Quemchi. Palafitos ribereños donde nació Francisco Coloane, al que visitamos para hablar de Aucar en su casa de Silvina Hurtado y también en Quintero, península al final de Ritoque donde el autor de *Tierra del Fuego* –comparado por los críticos franceses con Melville, Verne y Conrad– era el único capaz de enfrentarse al fuerte oleaje en la boca de la legendaria Cueva del Pirata, ventosa bahía visitada por Darwin.

En la tertulia alguna vez se nos apareció Moctezuma o el Dios Wiracocha, en los porta-



les de Puma Punku, y la inexplicable arquitectura de los megalitos del Templo de Kalasasaya, que parecían querer decirnos “algo”.

De manera alternada, nos encontrábamos con los filósofos, escritores, cineastas o músicos y con profesores entrañables, los *summa cum laude*, como el decano croata Ernesto Livacic Gazzano, de la Facultad de Filosofía y Letras, de la que depende el Instituto de Estética. Se hablaba de la trascendencia y de autores como Cartesius y *El discurso del método*, o del gran Avicena, el persa, y sus más de trescientos libros. Alguna vez Fidel nos dijo “*toda esta energía es una lucha contra las grietas de la desolada posmodernidad*”.

Otras veces nos juntamos en la Plaza Ñuñoa, donde Gastón Soublette celebró el hallazgo de los pectorales de plata: trapelacucha, katarwe, nitrowe, cerámicas geométricas, mantas de siglos o la gran clava blanca, la flauta de piedra y otros tesoros precolombinos, que ahora forman el museo del Campus Oriente. Allí se habló de la identidad del paisaje, de las montañas sagradas que visitábamos como peregrinos ancestrales de los altos santuarios indígenas, para verter agua del arroyo en las piedras tacitas. Galería de las dimensiones, bajo el astral de las arquetípicas sincronías junguianas.

En cierta ocasión, Fidel estuvo en silencio durante buena parte de la velada, hasta que dijo: “*Subir la montaña interior es como fundar una tribu, o emprender un viaje espiritual, o crear una lengua con alfabeto propio*”.

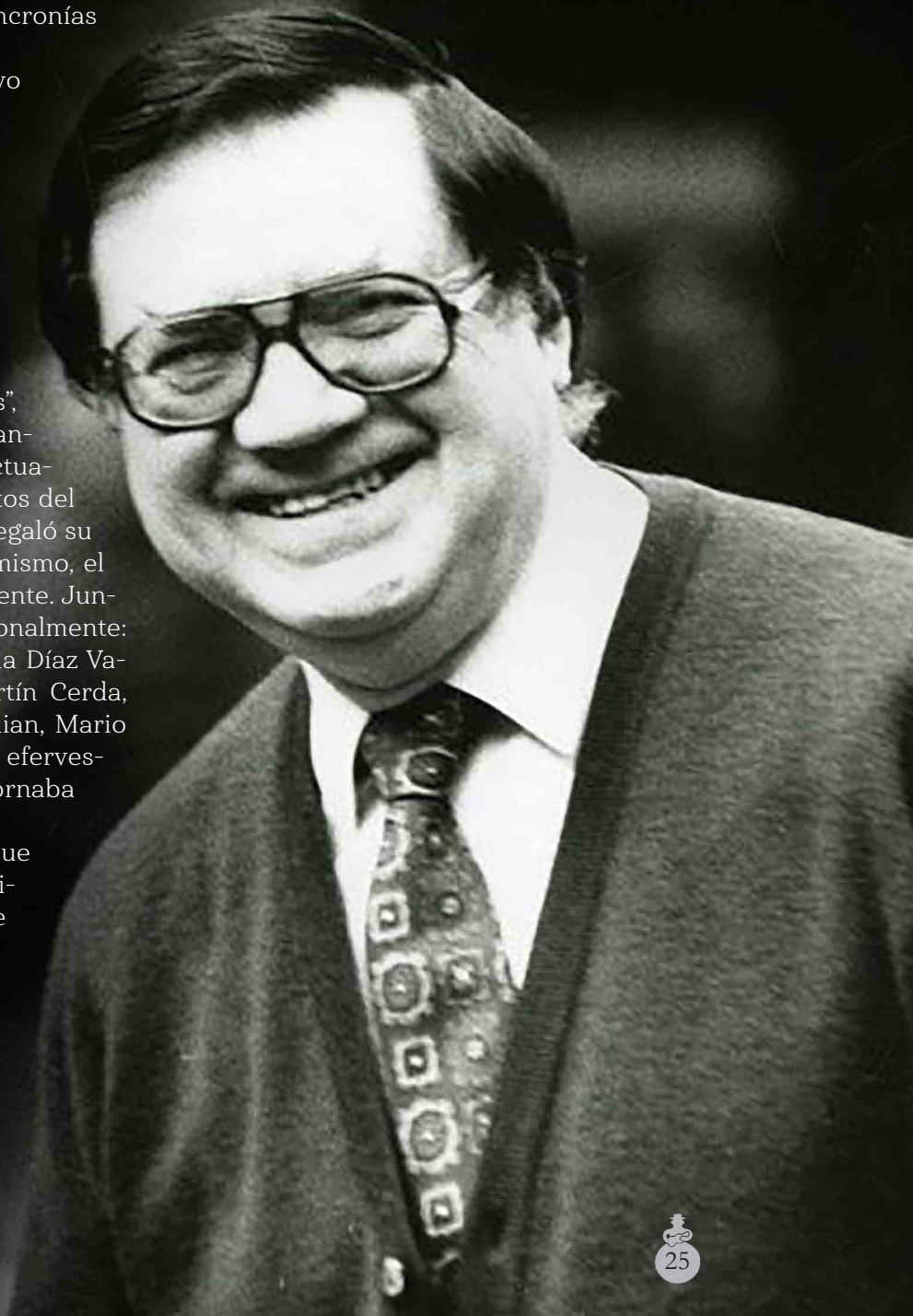
Relatos lisérgicos del viaje a la Amazonia, conservando la lucidez entre parroquianos que bebían “la chupilca del diablo” o “terremotos”, envueltos en el humo de la noche santiaguina, donde se mezclaban intelectuales, ángeles caídos y poetas proscritos del paraíso. Alguien con aura de gurú, regaló su precepto sobre la confianza en sí mismo, el coraje y la osadía de vivir intensamente. Junto a nuestra mesa estuvieron ocasionalmente: Jorge Teillier, Claudio Giacconi, Estela Díaz Varín, Tomás Lefever Chatterton, Martín Cerda, Manuel Silva Acevedo, Tomás Moulian, Mario Lorca o los Duvauchelle. Atmósfera efervescente que avanzada la vigilia se tornaba goyesca.

Alguna vez Fidel nos dijo que el poeta no debe escribir por hábito, sino por el impulso interior de la convicción, sin forzar el destino, más bien desprendiéndose ante el fluir del acontecer, dejándose llevar como un pañuelo en la corriente. Trasunto de quien dibuja la anti-quisima idea del viaje iniciático, en la amistad entre maestro y aprendiz, saliendo del descampado y

los pantanos, para recoger el fruto de las virtudes.

Mirada esta vivencia con el paso de los años, eran más importantes las conversaciones fuera de la clase que durante la clase. Fidel me decía “*hay que evitar el hermetismo delirante. La estética no debe ser un fenómeno volcado hacia sí mismo*”.

El hombre Fidel admiraba la poesía y su arte de síntesis, la gracia o lucidez del verso encendido. Reflexionó en torno a la simbología como objeto de identidad, así como su resistencia al paso del tiempo, entendiendo la historia como un fenómeno circular y no lineal. “*El transcurso del tiempo ya es de por sí un misterio -dijo-, incertidumbre del laberinto en el que se pierde el hombre. Sin embargo, somos parte de la construcción de la línea del tiempo, aquella línea que se tuerce y curva hasta hacerse cíclica*”.



RETIRO MÍSTICO A ORILLAS DEL BIOBÍO

Cada verano se daba la posibilidad de viajar al Liceo Enrique Molina Garmendia, cercano al antiguo Teatro de Concepción, donde se realiza la Escuela Nacional del Folklore (ENAF), con presencia latinoamericana. Fue creada en 1980 por Roberto Contreras Vaccaro, en la que participó Fidel como docente y, desde su cuarta versión, como docente y director.

Allí nos quedábamos cerca de dos semanas, internos, en régimen casi monacal, alumnos y profesores, inmersos en la magia de la cultura tradicional. En el gran refectorio, subían al estrado de manera espontánea los grupos visitantes o viajeros, que cantaban y tocaban la vihuela de ciruelillo, el acordeón, el laúd, el rabel, el charango, el arpa o la mandolina.

Fidel expuso la historia y legado de los carnavales, expresión artística que representa a los territorios, congregando tradiciones, folklore, música, bailes y máscaras, destacando geografías que comparten raíces étnicas y lingüísticas comunes.

Aunque la escuela fue creada bajo ideas académicas, con el patrocinio de la Universidad de Concepción, Fidel asentó dicho pensamiento, priorizando la calidad y exigencia. Así mismo, dio sentido unitario, integral, al estudio del folklore.

Aportó con docentes del Instituto de Estética, como Carlos González, en los estudios indigenistas y Jaime Blume en mitología, quienes se unieron a otros pedagogos con los que ENAF contaba desde la primera jornada, como Manuel Dannemann, Oreste Plath, María Ester Grebe, Domingo Curaqueo, Juan Pérez Ortega, Lucy Casanova, Raquel Barros A., Jor-

ge Cáceres Valencia y docentes y estudiosos de la Escuela Nacional de Danzas Folklóricas de Argentina, como el escritor Félix Coluccio y la filósofa Martha Blache.

La Escuela sigue desarrollando su temporada a mediados de enero de cada año, en el mismo liceo, y siempre con el apoyo de la Universidad de Concepción.

El gran aporte de Fidel es que incorporó la visión académica universitaria en lo teórico integralista, elevando la calidad docente. Siempre trabajó para enseñarnos que *“nada está separado ni es un ente aislado de lo cultural”*. Alcanzó la vinculación de la filosofía con las personas, dentro y fuera de la academia, *“porque la filosofía dentro de la universidad, en el aula, es muy cómoda para nosotros, pero si no permea a la sociedad como organización del país, es inútil”*, nos dijo con manifiesta claridad.

Fidel es muy valorado porque logró la unidad formativa, como una matriz vocal, instrumental, dancística, corporal, ética, filosófica, estética y en todo sentido. Acuñó la percepción global de la cultura tradicional, donde todo está ligado en una amalgama de expresiones que confluyen.

Recuerdo cuando Fidel expuso en Concepción, a mediados de los ochenta, acerca de la Muestra Salonera de la Contra Danza Europea, relacionada a la minería del carbón. Se refirió al “contra efecto” del encuentro de las culturas originarias, del chileno mestizo, con la polca, el vals o la mazurca, que fueron chilenizadas, llevadas a una interpretación a veces más rústica, en la simbiosis tanto en lo musical como en el canto y la danza. Pasaron del violín y piano, a la guitarra y el acordeón.

Fidel con la Iglesia de Piedra como telón de fondo.





Gastón Soublette, José Luis Villalba, Fidel Sepúlveda Llanos y Theodoro Ellsaca, compañeros de ruta, apoyados en las infinitas redes de la imaginación y del asombro.

Era un verano seco y al siguiente día, de madrugada, nos arrancamos al puerto. Allí, en una modesta caleta frente al rompeolas, cerca de El Arenal, en aquellos terrenos marginales ganados al oleaje oceánico, Fidel me contó acerca del cementerio simbólico de los pescadores de San Vicente de Talcahuano. Bajo el azul del piélago dormían los pescadores sucumbidos, lobos de mar, en sus recónditos mundos abisales. Como si inhalara en lo insondable del salino, la historia perdida de esos muertos, Fidel, desde un tiempo sin tiempo, permaneció oteando la infinitud del horizonte.

LA SOLIDEZ DEL SER

Hoy me pregunto cómo Fidel tenía la capacidad de romper protocolos y límites, con su amor por Cobquecura. Desaparecía varios días sin avisar a nadie -no usaba celular- para viajar a Linares, Longaví, San Carlos, Parral, Coihueco, San Javier, Bulnes y otros pueblos de lo que hoy es la región del Ñuble, del Maule o el Biobío, para ver a los cantores populares y participar del canto a lo divino. Se amanecía con ellos, para escudriñar en “el ser en cuanto ser”, en el sentido ontológico de la existencialidad. Este hombre singular, de envoltura humilde, que poseía un doctorado en filología en la Complutense de Madrid, se iba con una mochila y se quedaba allí prácticamente acampando, junto a los antiguos cantores guitarroneros. Músicos populares que han sido los mentores y maestros de los cantores actuales. Autores que nadie conocía, salvo algunos estudiosos de la etnología musical y los paisajes sonoros.

Se salía de los márgenes para entrar a ese otro contexto, como necesario tejido para propiciar el retorno al barro esencial.

Desde el territorio plantea el cuento tradicional como un modelo de crecimiento, a

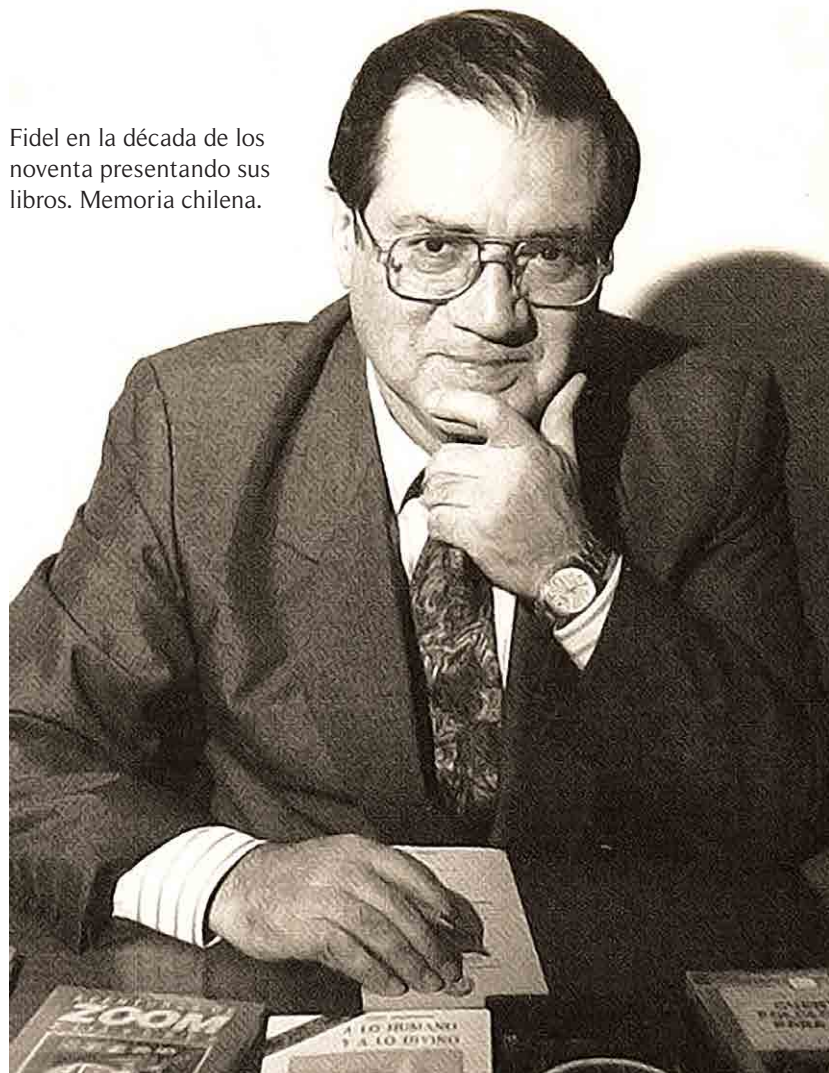
manera del encuentro del niño que hay en cada hombre, en el desarrollo de su identidad, en la experiencia de crecer desde el lugar, desde la nutricia leche materna de la región. Fidel va en busca del conocimiento de la humanidad en comunidad, entendiendo el entorno multicultural hispanoamericano y la sabiduría a través de la oralidad. Busca la identidad de valores de los individuos que anhelan ser personas. Paradigma de hombre y sociedad en la creación simbólica. La memoria del pasado que en su itinerancia suple carencias y se proyecta al futuro desde lo más profundo de su ser. Cultura que invita a creer que la vida tiene un sentido gratificante en su acontecer.

Así es como plantea que “*la comunidad de los cuentos mostrará que ningún relato, como ningún hombre, encarna completo el sentido de lo humano*” y agrega “*pero el encuentro de todos en comunidad revela la riqueza y la complejidad que implica ser hombre*”.

Para ello, explora, reseña y rescata la hermenéutica desde un perfil estético, abordando lo imaginario y lo mítico, para entrar a los universos simbólicos a través de los arquetipos. Legado idiomático y cuño identitario.

Andrés Gallardo Ballacey, autor de *Tríptico de Cobquecura*, me refirió que a nuestro Fidel le gustaba entender estos contenidos y experiencias como “la solidez del ser”.

Fidel en la década de los noventa presentando sus libros. Memoria chilena.



LA ÚLTIMA ÉPOCA – CONVERSACIÓN Y CENA

Durante los últimos dos años en la vida de Fidel, nos reunimos con frecuencia en torno a la conversación y cena en casa del profesor, cineasta y amigo José Luis Villalba y su esposa Eliana Banda. Yo asistí acompañando al filósofo Gastón Soublette. El poeta de Cobquecura -junto a su esposa, Soledad Manterola- trajo para nosotros las reminiscencias de los viajes a Curepto. Fidel, animoso, invocó el mapeo escritural recitando su poema: “Mire amigo yo no acepto...”. Más tarde, rozando un estado crepuscular y melancólico, esbozó con múltiples detalles el frecuente paso por Talca, para visitar al poeta Matías Rafide. Los viajes a Linares, a la casa de la poeta Emma Jauch y el pintor Pedro Olmos. Cobquecura, la tierra de la infancia y Chillán, siempre Chillán como centro del mundo, con las huellas de Violeta Parra, la impronta de Nicanor, la presencia de Sergio Hernández Romero y Gonzalo Rojas.

En esos días, también visitó su memoria el viaje que hicimos para recorrer los lugares de los principales cantores a lo humano y lo divino, en Puente Alto y Pirque. Mientras cruzábamos el puente San Ramón, sobre el fuerte caudal cordillerano, le dije: *“estas son mis tierras del origen, fui parido a orillas del río Maipo”*. Me observó largo rato con el rabillo del ojo, en silencio, en el camino que serpentea la ascendente ladera, y de súbito exclamó *“¡Theodoro, este es tu San José de Cobquecura!”*

Nunca más hablamos del “entre”, sin embargo, yo no he dejado de pensar en ese enigma inefable, como si continuara atrapado en un pretérito que no termina de transcurrir. Han pasado cerca de cuarenta años de aquel suceso, cuando Fidel me interrogó en la universidad y yo era un muchacho en la búsqueda. La escena en el patio de la cafetería vuelve a mi memoria como un incesante flashback cinematográfico. Como si ese ayer fuera hoy.

En el último tiempo el “entre” se me presenta como “el puente hacia...”, en la relación entrelazada, conexión o interdependencia que amplía el horizonte del “hacia” y borra las fronteras para impulsarnos “hacia otra época”, “hacia otro lugar” o “hacia el encuentro con el otro”.

LA DESPEDIDA

Durante dos días, como fiesta campesina, en su casa de Campoamor, el legendario payador y guitarronero ciego, Santos Rubio, de San Juan de Pirque, cantó a lo humano y lo divino, junto al féretro instalado al centro del salón. El martes 27 de septiembre de 2006, a las tres de la tarde, Fidel Sepúlveda Llanos alcanzó el punto del no regreso y fue al encuentro de lo numinoso.

Esa semana habíamos conversado largo por teléfono, estuvo muy lúcido hasta el final, pero ambos sabíamos que era una partida inminente. Sentí que más allá que presenciar la muerte de un hombre, yo me enfrentaba al hecho histórico del peligro de la desaparición del universo conceptual, que había plasmado en su fructífera trayectoria. Fidel Sepúlveda Llanos constituye hoy uno de los cuatro pilares que sostienen las grandes vigas madres del rescate de la cultura tradicional, junto a Violeta Parra, Oreste Plath y Margot Loyola.

Cada vez son más las citas y referencias sobre Fidel, los homenajes y su presencia en diferentes publicaciones, gracias a la importante puesta en valor que visibiliza el legado cultural de su obra iluminadora. Su “entre”, se seguirá proyectando.

Hubo tonadas y cuecas sentidas que se bailaron y cantaron alrededor de Fidel, leímos sus poemas al compás de la música, mientras salían bandejas con empanadas y vino tinto, según él mismo lo había dispuesto.

Nunca más he participado de una despedida como la de Fidel, en la que permanecíamos unidos en torno a su figura y obra, para acompañarlo hasta las puertas del Walhalla. En esa casa de Campoamor permanece el espíritu de Fidel, traspasando el umbral del olvido.

La andariega de Chile, Margot Loyola y sus palomitas hicieron las danzas tradicionales, Jorge “Coco” Matamala del grupo Calenda Maia tocó la gaita gallega, Soublette cantó a la buena muerte del amigo. Era la canción para iniciar el viaje.

Desde el Campus Oriente salió el cortejo, rumbo a la mar recóndita y brava de su natal Cobquecura. Ahora sabemos que *la puerta se abre por dentro.* Q

